

propio de un alma bien sensible y que debe haber sufrido cruelmente, para saber ponerse tan bien en el caso de los que sufren. Sin tomar alientos he ido á llevar estas noticias á Mlle. de Lespinasse, que las esperaba con un terror y un espanto que me tienen muy alarmado. En ninguna parte del mundo puede ser tan amado el Sr. Marqués de Mora como lo es en este rincón que habitamos. Dí parte al punto de estas consoladoras noticias á Mr. Lorry, y le he anunciado la consulta que me prometéis. La voz de todos es aquí unánime contra el clima de España, y todos tienen el mayor deseo del mundo de que el Sr. Marqués de Mora venga junto á Lorry, para que se haga cargo éste de su salud, que se promete restablecer. Ya habéis visto, Sr. Duque, que el descuido de los médicos de España ha estado á pique de cortar la vida al Sr. Marqués de Mora. ¿Quién os responde de que en el porvenir vean más claro y acierten mejor? Para disminuir, Sr. Duque, el pesar que causará al Sr. Marqués de Mora dejar la España, sería una acción verdaderamente digna de vuestra amistad que le acompañaseis vos con la Sra. Duquesa de Villahermosa: así os encontraríais, tanto vos como él, en compañía de los seres más queridos que tenéis en el mundo, y podríais decir que le habíais no sólo asegurado la salud, sino salvado también la vida. Yo no sé si este pro-

yecto os parecerá extraordinario; á mí me parece muy fácil, cuando pienso en vuestros sentimientos por el Sr. Marqués de Mora, y en la necesidad de sacarlo prontamente de ese clima funesto y de huir de los médicos que le han envenenado. Permitidme, Sr. Duque, esperar con el más vivo deseo vuestra vuelta á Francia, á no ser que la residencia aquí os sea ya insostenible: mucho me prometo frecuentar vuestro trato más que en el pasado. Os doy un millón de gracias por haberme dado noticias de la Sra. Duquesa de Villahermosa. Había sabido por el Sr. Caballero de Magallón que el estado de su señor hermano le afectó vivamente, y me habéis vuelto la tranquilidad, haciéndome saber que sus dolencias se han calmado. Su sensibilidad aumenta el interés que su persona inspira. Estaba desesperado porque las noticias del Sr. Príncipe de Pignatelli (1) hubiesen llegado con tan poca oportunidad: cuando estabais inquieto, se hallaba él perfectamente, y nunca ha estado en verdadero peligro, ni tenido un solo accidente alarmante. Á mi juicio, está mejor que antes de su enfermedad, y ya desearía yo que las sangrías hubiesen debilitado á Mr. de Mora tan poco

(1) Don Luis Pignatelli y Gonzaga, hermano de la Duquesa y de Mora, enfermo también en París por aquel tiempo.

como á él. Mme. Geoffrin y Mlle. de Lespinasse han compartido todos nuestros sentimientos de dolor y de alegría, y os dan mil gracias por vuestros recuerdos. Recibid, Sr. Duque, la expresión más sincera, etc., etc.»

Hasta el presente, limitase D'Alembert á indicar tan sólo la necesidad del cambio de clima, pero sin atreverse á soltar aún el absurdo de que era París el punto de aires sanos para un tísico, que su sabio doctor recomendaba. Algo insinúa ya sobre este punto capital, al allanar en la carta anterior todas las dificultades á su gusto, proponiendo acompañen al enfermo los Duques de Villahermosa; mas en la siguiente expresa ya del todo su pensamiento, y temiendo sin duda lo absurdo de la propuesta, apresúrase á paliarla con la asistencia inmediata de Lorry, que había de exceder á todas las ventajas. La hoja suelta de que habla esta carta, debió ser sin duda la que, según Marmontel, dictó la misma Lespinasse.

«París 14 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Mr. Lorry ha respondido á la consulta, y en cuanto á lo concerniente al clima, ha dicho su opinión en hoja aparte. Pero nada añade esto á las dos cartas que he escrito yo á Mr. de Mora, y que deben decidirle á partir al momento, sin esperar esta respuesta,

que, como veréis, no es más decisiva ni más absoluta que su primera opinión.

»Y es necesario confesar que desde el momento en que Mr. de Mora salió de Bayona, Mr. Lorry no ha mudado su opinión de que le era necesario volver á respirar el aire de París. Ha escrito cinco ó seis veces á Mr. de Mora, y es inconcebible que no le haya hecho hasta ahora más impresión. Pero sobre lo que Mr. Lorry no insiste todo lo bastante, por modestia y desconfianza de sí mismo, es sobre la importancia de su asistencia á Mr. de Mora. Porque aun suponiendo que haya algún clima ó aire que sea igualmente bueno al de París, lo cual no cree Mr. Lorry, es necesario contar con cosa tan importante como tener á un hombre tan ilustrado y amigo por médico. Esto es, sin duda, lo que el Sr. Marqués de Mora no encontrará sino en París. No os ocultaré, Sr. Duque, que Mr. Lorry teme verdaderamente por el pecho de Mr. de Mora, si no se decide á huir pronto de ese aire pernicioso. Sería, pues, necesario que Mr. de Mora partiese sin perder un momento, á fin de evitar los calores en su viaje. Vos, Sr. Duque, que tan bien sabéis amar, y conocéis todo el valor de vuestro amigo, animadle, y, á menos de imposibilidad, haced el sacrificio de acompañarle. Sabréis seguramente que el Sr. Príncipe Pignatelli piensa partir dentro de un mes, lo más

tarde, para reunirse con su señor padre, que, por consecuencia, será cuidado como merece. Mr. de Magallón se ha encargado de una carta que Mr. Lorry os escribe, de una consulta latina para Mr. Pereira, y de una hoja volante sobre el clima. Si la cuestión no envolvese interés tan grande como es el de la salud y la vida del Sr. Marqués de Mora, vuestro amigo tendría un millón de perdones que pedir os por la extensión, machaconería é importunidad de mis cartas. Recibid, Sr. Duque, las seguridades, etc., etc.

»*P. D.* Permitidme incluya en mi carta la adjunta esquila para Mr. de Mora.»

En la adjunta carta aparece ya decidido el viaje de Mora, bajo la responsabilidad de Lorry, que asegura está el enfermo en disposición de marchar en aquellos momentos.

«Paris 20 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: No tengo expresiones para demostraros mi reconocimiento. Comprendo que debo este exceso de bondad á vuestra amistad por el Sr. Marqués de Mora, y á él le toca, pues, desquitarme con vos. He comunicado á Mr. Lorry las noticias que tenéis la bondad de darme. El exceso de debilidad de Mr. de Mora me inquieta. Sin embargo, lo más terrible que había era el pecho, y me tranqui-

lizáis diciéndome que ya no tose. Mr. Lorry no duda que Mr. de Mora está en disposición de marchar en este momento. Debe haber recibido la respuesta á su consulta y una carta del todo decisiva. Bien quisiera que esta carta no le encontrase en Madrid y le fuese enviada. Hemos sabido con dolor que el Sr. Conde de Fuentes ha estado otra vez enfermo con dos sangrías: en ninguna parte del mundo se sangra tanto como en Madrid. Si el Sr. Marqués de Mora debe partir, obligadle, Sr. Duque, á no perder un momento, á causa de la estación, en primer lugar, y en segundo, porque Mr. Lorry desea que esté aquí antes de cumplir los tres meses de su accidente, para hacerle aplicar las sanguijuelas. Por otra parte, debe temer lo que el tiempo traiga consigo, porque hace dos años que está oprimido por toda clase de desgracias. Comprendo, Sr. Duque, vuestro sentimiento por la muerte del Infante niño (1) y tomo en él toda la parte posible. Mlle. de Lespinasse y Mme. Geoffrin quedan muy agradecidas por vuestros recuerdos, y estarían encantadas si pudieran veros por aquí pronto. Recibid, Sr. Duque, la seguridad del más vivo y respetuoso, etc., etc.

»*P. D.* Nada me decís de la salud de la se-

(1) El infante D. Carlos, nieto primogénito de Carlos III.

ñora Duquesa de Villahermosa, y espero sea esto señal de que es buena, como mucho lo deseo. Si viniera á este país os suplicaría solicitaseis de ella me permitiese ofrecerla mis respetos.»

Esta fué la última carta de D'Alembert en aquella funesta y vergonzosa intriga; después de ella ya no se encuentra otro rastro auténtico del desdichado Mora, sino la siguiente partida de difunto fechada en Burdeos:

«El 27 de Mayo de 1774 ha muerto en esta parroquia, después de recibir los Sacramentos, el muy alto y poderoso señor José Pignatelli y Gonzaga, Marqués de Mora, Gentilhombre de Cámara de Su Majestad Católica, con ejercicio, de edad de unos treinta años, hijo legítimo y primogénito de su excelencia el Conde de Fuentes y la señora María Luisa de Gonzaga, viudo de la muy alta y poderosa señora María Ignacia Abarca de Bolea; y al día siguiente fué enterrado su cuerpo solemnemente en la iglesia, estando presentes los señores Ducastaing y Duriala, sacerdotes coadjutores, en fe de lo cual,

BALETTE, *Vicario de Puy-Paulin,*
JANDRÉ, *Cura de Puy-Paulin,*

aprobando las raspaduras y ediciones hechas en dicha partida, hoy 19 de Julio de 1774.»

Ninguna noticia, ninguna relación de este

funesto viaje en busca de la muerte, ni de su desastroso término, ha quedado por ninguna parte, si se exceptúa este lúgubre documento. La familia de Mora parece guardar un estudiado silencio sobre todo cuanto se refiere al desdichado Marqués, como si temiese que sus ideas revolucionarias, que tan oportunamente ahogó la muerte, trascendieran fuera de la sepultura. Mlle. de Lespinasse, por su parte, trunca y trastorna los escasos hechos que llegaron á su noticia, ora ocultando, ora inventando, para amoldarlo todo á la especie de reclamo que de la pasión de Mora hizo, á fin de ablandar el corazón, harto duro, del sustituto, que aun antes de morir aquél ya le había puesto. Sábese, sin embargo, positivamente que Mora salió de Madrid el 3 de Mayo de 1774, acompañado por el médico Navarro y dos criados; que llegó á Burdeos el 23 del mismo mes, y murió el 27 de resultas de una espantosa hemorragia que la fatiga del viaje y el criminal engaño de Lorry, D'Alembert y la Lespinasse le produjeron. Sábese también que en aquel tremendo desamparo de la muerte que venía á sorprenderle en el mísero cuarto de una posada, el desdichado Mora volvió los ojos á Dios, recibió los auxilios de la Religión, y murió en el seno de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana en que había nacido, renegando sin duda de las perversas ideas y los

falsos amigos que habían extraviado su alma y precipitado su muerte. Quizá aquel misterioso retiro de Veruela logró mantener viva en el fondo de su alma una centellita de fe que no consiguieron ahogar ni las cenizas de la impiedad ni el cieno de los vicios; quizá también las oraciones de sus dos santas hermanas María Luisa y María Manuela le alcanzaron en su hora postrera la última decisiva gracia.

En cuanto á Mlle. de Lespinasse, murió dos años después (23 de Mayo de 1776) víctima del ardor de su temperamento y de la nueva pasión, á veces desdeñada y á veces explotada, que un año antes de morir Mora le había inspirado el Conde de Guibert, uno de los *pequeños grandes hombres* que los entusiasmos libidinosos de las mujeres famosas de aquella época fabricaban á cada paso sobre la petulante presunción de cualquier fatuo buen mozo. Y mientras D'Alembert, instigado por su doblemente falsa amiga, arrancaba con criminal engaño al desdichado Mora de casa de sus padres para llevarle á morir en el rincón de una posada, la sensible filósofa escribía á Guibert esa serie de ponderadas cartas que han resucitado su fama en nuestra época, y en las que todo, hasta el entusiasmo de sus admiradores, resulta postizo.

Mlle. de Lespinasse murió impenitente, rodeada tan sólo de los impíos que habían for-

mado sus delirios, sin Dios, sin fe y sin esperanza. En el momento de expirar, el *pequeño grande hombre* Guibert dijo solemnemente esta blasfema necedad, que desde tres ó cuatro días antes tendría preparada sin duda: «El Señor ha herido al pastor, y el rebaño se ha desbandado.» Aquella misma noche el sensible Guibert se consolaba en el teatro.

En el testamento hace Mlle. de Lespinasse el extraño encargo de que un cirujano de la Caridad ó de cualquier otro hospital, le abra el cráneo seis horas después de muerta; y en una carta dirigida á D'Alembert, como complemento de su testamento, encarga á éste las siguientes disposiciones: «Suplico á Mr. D'Alembert tenga la bondad, en el instante de mi muerte, de buscar en mis bolsillos ó en mis cajones dos retratos del difunto Sr. Marqués de Mora; me hará quitar una sortija de cabellos que he llevado siempre en el dedo; quitará también de mi reloj dos corazoncitos que penden de la cadena, uno de cabellos y otro de oro; pondrá todo esto en una cajita y lo remitirá á la Sra. Duquesa de Villahermosa, con una carta en que conste que yo soy quien he dispuesto al morir que se le remita cuidadosamente esa caja. Convendría encargar del envío al Sr. Conde de Aranda» (1).

(1) Era entonces Embajador en París.

En el triste inventario de alhajas, ropas y efectos de Mlle. de Lespinasse, vendidas en pública subasta después de su muerte, consta esta partida: «Dos retratos del difunto Mr. de Mora, una sortija, dos corazoncitos, de oro uno, apreciado el lote en quince libras.»

D'Alembert mismo adquirió este lote en la subasta, para cumplir, sin duda, como en efecto hizo, la última voluntad de su amiga, remitiéndolo todo á la Duquesa de Villahermosa. Los retratos y los simbólicos corazones han desaparecido; la sortija encuéntrase en compañía de otro anillo dado por Lespinasse á Mora, y arrancado también al cadáver de éste para la Duquesa de Villahermosa. La primera de estas sortijas consiste en un aro de oro ceñido por una trenza de pelo rubio oscuro, unido en sus extremos por una chapa de oro en que se lee: *Memoire du.....* Forma la segunda un aro de oro con un calendario mensual perpetuo esculpido, y una chapa en que hay un lema que no puede leerse sin cierto temeroso disgusto á través de más de un siglo, y sobre el recuerdo de un muerto: *Que tout passe hors l'amour*. Sentencia muy propia de Mlle. de Lespinasse, que sustituía en su corazón pasiones á pasiones, y aun las simultaneaba sin escrúpulos, y que proponemos se grave en el pedestal de la estatua que levantarán al cabo á esta *ideal* heroína del amor los

admiradores de las pasiones del siglo XVIII. Por si el caso llega, les recomendamos como modelo para la estatua el de aquella gran meretriz de Babilonia que describe la Escritura, vestida de púrpura, sentada sobre una bestia roja, elevando sobre su cabeza una copa de oro llena de humanas inmundicias (1).

(1) *plenum..... immunditia fornicatonis ejus*. (Apoc., cap. XVII-V-IV.)

pas
neab
gra
r

